

En todo cuanto decía esta astuta romana, no dejaba de derramar algunas lágrimas, fingiendo palabras cariciosas de muy grande amor, por las cuales el marido, medio satisfecho, comenzó á decirle: «Manifiesto os es, señora mía, por las señales que esteriormente vistas, la pasión y pena con que mi corazón se apartó de vos cuando me partí para esta guerra que entre las manos tenemos de los nómadas y transilvanos, que fué tanta que se puede bien comparar á la de cuando el ánima inmortal se aparta desta carne corrupta mundana; y con esta mortal pasión seguí mi peregrina jornada, ejercitando el oficio de capitán como me es encomendado, con mas temor de haberos de perder, que no de los peligros que me podían venir de la peligrosa guerra, por la multitud de los enemigos; y con esta imaginación y pensamiento, estando una noche, después de la centinela de prima, reposando del trabajo del cuerpo aunque no del espíritu, por el cuidado que me ponían mis pensamientos, ni bien durmiendo ni velando, soñé que estábades, señora mía, mala de una enfermedad de que muy poca esperanza se tenía de vuestra vida; aunque visitada de los mas principales médicos de toda Roma, ninguno hallaba remedio en vuestra salud, sino tan solamente un peregrino doctor, aunque patricio de Roma, que dió remedio á vuestra aflicción dándoos salud, quedando él en mayor enfermedad por causa de vuestros amores. Y que vos, señora mía, conociendo el beneficio recibido de su mano, por gratificarle en algo, con el contento que teníades de su persona, condescendiendo á sus importunas peticiones, se violaba el vaso, y se perdía la laureola corona de la continencia, de que tanto se precian las matronas romanas. Y con este nocturno temor desperté muy desasosegado, como quien se levanta de un sueño pesado, fuera de todo sentido; y por muchos dias me duró un temblor de todo el cuerpo, y pasión de corazón, que de mí no sabía parte, en tal manera, que me fué forzado retraerme en mi pabellon, fingiendo estar malo de otro accidente por encubrir mi flaqueza, y cumplir con mi honra. En este tiempo, que mas me aquejaba mi pena y dolor por los juicios é interpretaciones que echaba y hacia sobre tan grave y pesado sueño, me vinieron ciertas letras de algunos parientes míos de Roma, en las cuales me daban relación cómo me habían tenido por muerto en la rota de nuestro ejército, y que por esta nueva hablad vos, mi señora, venido al último fin de la vida, por la gran alteración que dello tomastes, y que por medio de un señor doctor la habíades cobrado, perdiendo en algo la fama de la continencia de que antes triunfabades, mediante las señales y muestras que los indicios en semejantes casos dar suelen, y que me convenia mucho, segun el caso requería, dar vuelta a Roma, con toda la brevedad que fuese posible en mirar por mi casa y honra; y con esta segunda alteración, dando algun crédito á mi imaginario sueño, me dispuse y determiné en venir y satisfacerme yo propio con la experiencia, y tomando licencia de mi general, con condición de volver á cierto tiempo, que muy presto se me cumple, y me es forzado volver al ejército, querría mucho satisfacerme, y no llevar conmigo esta carcoma y sospecha, aunque, á la verdad, todo este tiempo que ha que yo vine del campo y he estado en Roma, yo no he dejado por negligencia alguna, antes con gran sollicitud he escudriñado é intentado todo lo que en semejante caso podía hacer, y no he ballado ningún indicio, ni muestra para poner mácula en vuestra honra y fama; y á esta causa, yo todavía estoy con algun recelo, y no puedo echar de mí esta imaginación, y para que no resida mas en mi pensamiento, no he hallado otro mas sano consejo que este.

«Ya sabeis, señora mía, cómo para semejantes casos y otros cualquier crímenes impuestos, donde se puede conocer la culpa ó inocencia, es aprobada la piedra de la verdad, donde los dioses permiten que allí sea conocida, y os suplico y os conjuro, por aquel amor verdadero que

me teneis, que no recibais pena, de un dia, cuando á vos os pareciere, antes que yo me parta, con algunos de vuestros deudos, é yo con aquellos que deste caso me avisaron, porque del todo queden satisfechos, vamos juntos á esta peregrinación y templo, pues no es muy lejos de aquí, y hagais, señora, la prueba y salva de vuestra persona, y sea conocida vuestra limpieza, y quitados los nublados de mis dudosas y malas sospechas, porque de otra manera será imposible quedar yo del todo satisfecho.»

La prudente y sagacísima matrona á toda esta plática estuvo muy atenta, aunque con temor de la muerte como el caso y delito le requería, y con muy gran serenidad, fingiendo toda alegría, no mostrando ninguna señal de temor ni turbación (como algunas astutas mujeres en semejantes casos lo suelen hacer), respondió, que aunque el caso era arduo, porque tocaba tanto á su honra y fama, de la cual por ser romana mucho se preciaba, y era muy gran razon que ella se sintiese dello, que era muy contenta de hacer la prueba, porque fuese conocida su bondad y limpieza, como y cuando mandare. El, muy contento y algo satisfecho con tan buena respuesta, divirtió la plática en otros coloquios amorosos, aunque ella con nuevo cuidado y pensamiento de cómo se salvaria de tan gran peligro; y vacilando en su juicio, no halló otro remedio sino dar parte de todo lo que pasaba al señor doctor, avisándole que mirase en el peligro que estaba puesta por su respecto, y que con su saber lo remediase lo mas presto que pudiese.

Avisado pues el doctor del negocio y en qué términos estaba, y que también su vida pasaba peligro, segun las leyes y el uso romano lo permitia; después de muchos juicios y consideraciones, no halló otro mejor remedio que irse á aconsejar de un grandísimo nigromante y astrólogo que en aquel tiempo residia en Roma, el cual se llamaba Paludio, de nación de Grecia, y comunicándole el caso de la suerte que pasaba y el peligro que los dos esperaban, que no se podía encubrir el delito yendo á la piedra á jurar la pobre señora romana, segun estaba concertado, que le suplicaba le diese algun remedio ó consejo con que se pudiese salvar de tan gran aflicción y trabajo, y no lo dejase por ningún interés del mundo de hacer. El mágico, viendo las calidades de sus personas, y en lo que en Roma eran tenidas, condoliéndose dellos, y mucho mas afectándose á la paga prometida, le dió por respuesta al bueno del doctor que se sosegase, que él haria todo lo que fuese posible en tal caso. Así que, haciendo sus ceremonias y conjuros con sus familiares, apremiándolos que le diesen consejo y remedio con que estos dos amantes no peligrasen, y el triunfo de la fama desta tan señalada matrona romana no fuese menoscabado, y lo que se decretó y ordenó fué lo siguiente:

Entre todos los demonios para esto invocados, uno llamado Zelbi, muy familiar y compañero de Nabuzardán, apropiado para toda cautela y engaño, habló desta manera: «Paludio, á mí me parece, como espíritu experimentado, que me he esforzado por tu gran saber á decirte la verdad y darte consejo en este caso por el cual me conjuraste; y es que avises al doctor Arsenio que se disfraze de lo mas rústico villano que pueda, y lleve todo aparejo cual suelen traer los mas campestrés y rústicos villanos, así esquerero como cuchillo y agujas para sacar espinas, y sobre todo, se provea de una delicada espina para el propósito y efecto que pretendemos. Y con este aparejo se pondrá lo mas encubiertamente que fuere posible en la abajada del monte Celio, cerca del palacio de la digna Faustina, en el principio del llano, al arco triunfal historiado, donde se divide la calle que va al coliseo la via Hostiense, que por allí ha de pasar la señora y el marido con sus amigos y parientes, y advierta bien que siempre esté sobre aviso en este monitorio que le doy; y también es necesario que la señora esté avisada que

cuando venga á jurar y llegue á este sobredicho lugar, que mire muy bien acia el arco, y el doctor se demuestre como ya está allí á punto con todo recaudo, porque le dé ánimo, que no desmaye, que en fin es mujer: yo á la hora llegaré allí, y la haré tropezar y caer, y cuando se levante de la caída linja mucho quejarse de un pié, como que se le ha entrado alguna espina en él, y en ninguna manera se mueva de allí, por mas que la importunen que camine, quejándose siempre que no puede afirmar el pié, y no le hallarán nada, porque nada lo habrá, mas de una formada cautela para el efecto que se pretende. Y á la hora se mostrará el fingido villano, como que pasa por la via, al cual ella tendrá siempre mientes, y quejándose dolorosamente, el villano se parará, y sintiendo el caso, como quien hace burla, con palabras groseras se llegará á la señora demandando dónde le duele, y señalando ella el pié, y luego donde fingió haberse entrado la espina, yo proveeré con mi astucia que el mismo marido le convide á que le mire á ver el pié si puede velle y sacalle aquella espina de que tanto se queja, pues hombre es del campo, que casi por costumbre tienen de sacarlas cada dia. El á la hora con mucha presteza y gran diligencia saque su aparejo, con mucho tiento y cordura tomándole el pié entre las manos, aprovechándose del sentido del tocar ó palpar, como buen médico y cirujano que tanto le va en ello, se aproveche de todo lo que pudiere tocar, y hecho su personaje con la mayor sotileza que el amor le amonestare, sacando una poquita de sangre del delicado pié de la gentil romana, donde linja sacalle la espina que para este efecto ha de tener aparejada; untándola con la sangre la mostrará á los circunstantes, y creerán todos que así es la verdad, y con mucha alegría le darán todas las gracias, en especial la señora, á quien el caso tanto toca, le presentará una joya por el beneficio recibido.

«Este es el mejor consejo y remedio que yo hallar he podido para remediar este negocio, y contentarte á tí, nuestro gran preceptor y sutil maestro. Así que, es menester que de todo esto des aviso al doctor, y el doctor á la señora, y que cuando venga á jurar, que jure diciendo: yo, Sabelina, mujer romana, juro que ningún hombre (después de mi marido) ha llegado á mí, sino aquel villano que me sacó la espina; y desta suerte jurará verdad, y será libre y salva; por tanto quedate, que no tengo mas que decir.» Ido, el nigromante de todo esto dió parte al doctor. El doctor dándole las gracias y satisfaccion, como el caso lo requería, luego lo fué á proveer con gran diligencia, avisando á la señora de todo, y que no temiese de nada por ninguna via del mundo.

Esto así concluido, y venido el dia que estaba señalado en que se habia de hacer la prueba, estando todo prevenido y el doctor avisado y á punto, se hizo ni mas ni menos de como arriba está relatado, que el villano doctor hizo tan bien su oficio, que no se erró solo un punto. Y con esta gloria y contento la matrona romana con su marido y compañía llegó al templo, y el villano se fué por otra via lo mas encubiertamente que pudo; y la señora romana haciendo en el templo las ceremonias que en este caso se hacian, se allegó al idolo ó piedra, y metió la mano en la boca diciendo: «Yo juro que después que soy casada con mi señor y marido Cipion Torcato, ni antes, como él bien sabe que me halló, que ningún hombre nacido no ha llegado á mí, ni ha tocado á mis carnes sino es aquel pobre y rústico villano que en el camino me ha sacado la espina.» Y como esto era la verdad, que este mismo villano era el doctor, la piedra ó idolo no hizo ningún movimiento, antes el demonio salió della, y ella se quedó como hoy en dia está en la dicha iglesia de Santa Maria (1), escuela griega, que antes era templo de gentiles. El marido de la gentil romana y todos sus parientes, muy satisfechos y contentos de la purificación y salva tan

(1) Santa Maria in Cosmedina.

probada, y los que la habían acusado harto confusos, la volvieron á casa con muy gran gloria y triunfo. Y después de algunos dias que se cumplia el plazo limitado en que el capitán Torcato era obligado á volver á servir á su república y ejército, se partió con gran dolor de su corazón, por el amor y reputación que de nuevo le había tomado, donde llegado y prosiguiendo todavía la guerra, en un encuentro y escaramuza le mataron los enemigos. Venida la nueva de su muerte á Roma, así la gentil señora su mujer como todos los parientes y amigos, hicieron muy gran sentimiento, y sus obsequias y ceremonias como entre los gentiles se usaba.

Pasados algunos dias, el sabio y sagacísimo doctor se supo dar tan buena maña y puso tal diligencia, que á contento de todos sus parientes la tomó por su legitima mujer. Después, á cabo de tiempo, todo esto fué descubierto por el mismo nigromante, y de común consentimiento de todo el pueblo, por memoria de su tan sutil saber, hicieron, después de muertos, á todos cuatro estatuas para que perpetuamente fuese notoria tan gran hazaña. La del doctor y rústico villano está á la cárcel de San Pedro, de piedra, echada en tierra en el mismo lugar que sacó la espina, y hoy en dia se llama el villano de la espina. La del astrólogo y mágico Paludio está en antes de subir la escalera para el Senado al pié del muro, á la mano derecha. Las dos, la del capitán Torcato y la de la gentil romana Enea Sabelina, están en Campidoli, antes de entrar al Senado, en el patio grande, donde está la cisterna donde se bebe la buena agua fresca; y es cosa muy señalada de ver estas estatuas, por ser tan excelentes y en tanta suntuosidad y artificio hechas.

PATRAÑA QUINTA.

Un niño en la mar hallado

Un abad le doctrinó,

Y Gregorio le llamó,

Y después fué rey llamado.

Gabano, rey de Palidonia, viniendo al paso de la muerte, llamó un hijo suyo llamado Fabio y una hija dicha Fabela, ya después de habelles dado con muchos sollozos y lágrimas su bendición, enderezando la plática á Fabio, le dijo: «Mira, hijo, que te dejo el reino con tal condicion, que no te puedas casar sin que primero cases á tu hermana Fabela, y mires por ella como por tu propia persona.» Muerto el padre y hechas aquellas honras que á un rey pertenescian, tanto miraba Fabio por su hermana, que cuando comia la hacia comer y servir en su misma mesa, y aderezóle una cama que no pudiese entrar en ella si no fuese por su real aposento. Fué tanta la conversacion de Fabio con su hermana Fabela, que se enamoró della, y á mal de su grado cumplió su carnal apetito y la hizo preñada. Pues como ella tal se sintiese, de continuo lloraba por haber cometido tan ignorme pecado. Habiendo sentimiento Fabio del afligimiento y tristeza de su hermana y de su yerro tan grande, tomando parecer de hombres sabios, determinó de irse á Roma para alcanzar del papa cumplido perdon, y así llamó muy en secreto un senescal suyo, de quien mucho se fiaba, y con juramento que á ninguno descubriese lo que le queria decir, le manifestó el pecado cometido, y cómo su hermana estaba preñada, y que por cuanto determinaba de irse á Roma á ponerse á los piés del papa, se la dejaba encomendada y señora y reina absoluta de todo su reino, si otro fuese de su vida. Contento el senescal, el rey se despidió de su hermana, se partió solo sin ningún criado, con su esclavina, lo mas secreto que pudo, como pobre peregrino. El senescal, porque mejor y cautamente la reina Fabela fuese servida, hizo que su mujer en persona la sirviese y

consolase del afligido pensamiento. De allí á pocos dias vino nueva que el rey Fabio, habiéndose embarcado en una nave camino de Roma, fué su desdicha que pereció en una terrible tormenta sin quedar persona á vida; de la cual nueva la reina Fabela recibió en su corazon grandísima tristeza, y por no tener presente la muerte del padre ni el pecado cometido, determinó echar de su presencia lo que pariese; y así mandó que le aderezasen una cajuela de madera muy bien embetunada. Hecha que fué, aforróla de su mano de par de dentro de brocado. Acercándose el día de su parto, parido que hubo un hijo muy hermoso, envuelto en ricos y preciados pañales, púsole dentro con gran cantidad de plata y oro para que lo criasen y doctrinasen en letras; y escribió en una plancha de oro lo que se sigue:

Quien hallare esta criatura
Déle de cristiano nombre,
Y prosiga, pues es hombre,
Su buena ó mala ventura.

Y mandó al senescal á que, pena de la vida, vista la presente, lo echase en la mar. Siguiendo el inocentísimo niño su ventura, vino á aportar a una isla que eran salidos á pescar unos pescadores, y á respecto que un abad de un rico monasterio que estaba muy cerca tierra les había rogado que trabajasen para ciertos convidados que tenía, de sacar algún pescado fresco; y como ya se saliesen, encontraron con la cajuela, y sacándola á tierra entregáronla al abad, y él abriéndola vido el niño, que en miralle en la cara se tomó á reír y llorar juntamente. Y leida la plancha de oro, vista la presente, así como estaba, mandó llevarle al abadia y le baptizó llamándole Gregorio, que era el mismo nombre del abad. Y los pescadores determinaron que el oro y la plata guardase el abad para criar y doctrinar el niño. Y el mas anciano de todos ellos dijo: señor, si manda su paternidad, mi mujer lo criará, porque está para destetar un hijo que tengo, y crea que lo ternemos á muy buena suerte si esta merced nos quisere conceder; porque niño de tanta beldad y tal compostura no puede dejar de ser de muy buena parte y noble linaje. El abad, como lo hubiese en buena reputacion, se lo entregó que lo criase en cuenta de hijo.

Criándose Gregorio en poder del pescador, cuando ya fué de edad de diez años, jugando un día á la pelota con el hijo del pescador, sobre falta es, no es falta, alzó la mano Gregorio, y dióle un bofetón. Viniendo llorando delante de su madre, y como le dijese quién le había dado, empezó á decir á Gregorio: este bellaco, ribaldo borde, ¿quién lo ha de sufrir en su casa? Viniendo el pescador á la noche, Gregorio le suplicó, que pues él no era su padre, que le dijese de quién era hijo. Fué tanta la importunacion, que le dijo: el reverendo abad Gregorio te lo dirá mejor que yo, porque él te me dió á criar, y á él tengo de dar razon del tiempo que hasta aquí te doctriné. Ido delante del abad, y rogándole con buena crianza, que le dijese cuyo hijo era, le respondió: decirte quién es tu padre y madre, Gregorio, yo no lo sé por cierto: mas de cuanto te sacamos del mar de dentro de una cajuela, con una plancha de oro, que tengo muy bien guardada, escrita, que decia que te baptizaran, y así te puse mi nombre. Cuando oyó aquello de la plancha, le suplicó que se la diese, porque determinaba de ir por el mundo á buscar á su padre y madre. El abad con buenas razones y doctrinales ejemplos le indució á que se sossegase, porque era muy mochacho, y que mas le convenia que estudiase, así en letras como en otros ejercicios de virtud. Contento, le encomendó á hombres espertos y sapientísimos en letras y arte militar. De tal manera aprovechó Gregorio, que cuando vino á edad de quince años, salió tan hábil, así en letras como del arte de caballería, que fué cosa de espanto, que todos lo alababan y bendecían.

En este mismo tiempo, viniendo á pedir por mujer á su

madre la reina Fabela infinitísimos príncipes, á ninguno quiso aceptar por marido, entre los cuales era el príncipe de Borgoña, y se sintió por mas agraviado que todos, de verse él mayor en estado y linaje que no ella, y con tanto desdén aborrecido; y así determinó de hacelle cruelísima guerra, de tal manera, que sujetó gran parte de su tierra, y teniéndola en muy grandísimo aprieto, fué Gregorio despedido del abad con la plancha de oro que le dió, y muchas joyas y dineros, y armado caballero, vino á aportar adonde su madre la reina estaba cercada del príncipe de Borgoña, y compadeciéndose della y de su trabajo, asentóse en su real por hombre de armas. De tal suerte se avino con su contrario el príncipe de Borgoña, que, por su respecto, en breve tiempo le hizo retraer, y cobrar las plazas perdidas. No sabiendo con qué recuperalle tal beneficio, los principales del reino suplicaron á la reina, que por satisfacer á Gregorio, tan esforzado y generoso caballero, no hallaban otra cosa mas conducente que casarse con él si á ella le placía dello. Satisfecha la reina, pues ellos eran contentos, hicieronse las bodas tan solemnes y regocijadas quanto á reyes pertenecieron. Encerrándose á la noche los dos en su cámara real, sacó Gregorio la plancha de oro que en los pechos llevaba, y dándosela á la reina para que la guardase, en tenella en sus manos, cayó de su estado, y tornando en sí, con un gravísimo suspiro dijo: «¡ay hijo mio!» y consolándola quanto podía Gregorio, rogóle que no dejase de descubrirle su pena. Respondióle: «pláceme, Gregorio y señor mio, pero primero quiero saber de vos de qué provincia y cuyo hijo sois?» Respondióle Gregorio: «sepa vuestra alteza, que tan poca razon le daré de mi patria, como de cuyo hijo soy; pues siendo niño de teta, de una cajuela me sacó de la mar un reverendo abad, y me baptizó y me puso nombre Gregorio, y este me hizo criar y doctrinó en letras, y me armó caballero con toda la honra del mundo; y al despedirme dél, después de haber recibido muchas mercedes de su mano, me dió esta presente plancha escrita, la cual dijo haber hallado dentro la cajuela.—¡Ay, respondió la reina, abrazadme, Gregorio, que vos sois sin duda mi hijo y mi sobrino, y agora de nuevo mi marido, no lo pudiendo ser, que esta plancha de oro que veis es mia sin falta; y la letra que aquí está, escrita de mi mano!»

Preguntándole Gregorio de qué suerte era su hijo y sobrino, para contárselo, hizo llamar á la mujer del senescal que quedaba viuda, á causa de ser muerto su marido en la postrera batalla que se dió con el príncipe de Borgoña, y contándole todo por estenso, Gregorio quedó atónito y espantado, y muy mas la mujer del senescal en saber que aquel era el niño que echaron en la mar; por lo cual dijo la reina: «Dos cosas te conviene, hijo, que hagas, para mas honra tuya y mia: la primera es, que lo que te tengo dicho tengas muy en secreto; la segunda, que te cases aquí con la mujer del senescal, por pagalle los buenos servicios recibidos della y de su marido, que en gloria sea su alma. Y esto se ha de hacer muy cauta y escondidamente, por pacificación del reino.» Contentos todos de lo que la reina había propuesto, casóse Gregorio con la mujer del senescal, y la reina votó castidad, los cuales vivieron muy honradamente por muchos, alegres y prósperos años á servicio de Dios.

PATRAÑA SEXTA.

A causa de cien cruzados
Que halló un hombre en un saquillo,
Fué servido de un asnillo,
Y mas de veinte ducados.

Un tira-tierra, habiéndose levantado muy de mañana para ejercitar su pobre oficio, yendo cargados sus asnos,

vió en medio de la calle un talegon, y dándole con el pié, vido que eran dineros, y que á gran priesa venia uno de á caballo en busca dellos. Para mejor cogerlos á su salvo, echóle la tierra encima. Como llegase el mercader, y le dijese: «¿buen hombre, habeisme visto un talegon que se me ha caido con cierta cantidad de moneda?» le respondió: dejadme, cuerpo de tal, con vuestra talega ó talegon, que harto tengo que ver en volver á cargar esta tierra que me ha echado el asno. Ido el mercader, cargó el astucioso hombre su tierra con el talegon y llevándole á casa, él y su mujer de muy regocijados se pusieron á contar los dineros; y de ver que eran cruzados de oro de Portugal regostáronse con ellos de tal manera, que habiendo sentimiento, se les cayó uno detrás de la caja que estaban contando, y vueltos al talegon como se estaban, alzólos la mujer.

El mercader, por parte del alcalde, mandó publicar que cualquiera que se hubiese hallado un talegon con cien cruzados de oro, que los manifestase, y que le darian diez por buen hallazgo. Venido á noticia del tira-tierra, díjole á su mujer; ella no queriéndolos manifestar en ninguna manera; él con buenas palabras la indució que de mas consciencia y provecho les seria tomar diez ducados de hallazgo que los cien cruzados, no siendo suyos, y así se los dió. El buen hombre, venido delante el alcalde, manifestó los dineros, los cuales, vista la presente, libró un poder del mercader, habiendo dado sus testigos y razon satisfactoria, que eran suyos. Y como el mercader los reconociese y hallase uno menos, dijo: «mire vuestra señoría que aquí no hay sino noventa y nueve cruzados, y los míos son ciento, ¿cómo quiere que se determine este negocio?» Pensando el alcalde que no fuese mafia del mercader, por no pagar el hallazgo prometido, dijo: «sus, ya lo entiendo, que no deben de ser esos los vuestros dineros, volvédselos al buen hombre.» Vueltos, mas por fuerza que de grado, fué el tira-tierra muy alegre con los dineros á su casa; antes que allá llegase encontró con un aguador, grande amigo suyo, que se le había caido el asno en un lodo, y rogándole que se lo ayudase á levantar, tomóle de la cola, y tirando della quedósele en las manos; por do el aguador empezó á dar voces: «don traidor, pagadme mi asno, que me habeis desrahado.» El tira-tierra, medio turbado de lo que le había acontecido, dando á huir encontró con una mujer preñada, de tal manera, que cayó, y fué asido del porqueron; y la mujer, del encuentro, malparió, vista la presente.

Así que, asido el tira-tierra, y detrás dél el amo del asno, y la mujer preñada y su marido, fueron delante del alcalde. Oida la queja tan graciosa del amo del asno, que se lo pagase, porque se lo había desrahado, y la necia demanda del marido, porque se afligia en extremo, diciendo: que de qué manera podia sentenciar su señoría, que su mujer estuviese preñada como se estaba. Oidas las partes, dió por sentencia que en cuanto á la demanda del asno, que se lo llevase el tira-tierra á su casa, y que se sirviese dél hasta en tanto que le saliese la cola, y porque el marido reprochó de qué suerte sentenciaría que su mujer estuviese preñada como antes estaba, sentenció el juez que se la llevase el tira-tierra á su casa, y que trabajase de volvérsela preñada, con tal que su mujer fuese contenta. La cual sentencia fué muy aprobada y reida del pueblo, y obedecida, aunque le pesase al insipiente marido. Viniendo el tira-tierra á su casa, alegre y regocijado por verse señor de dineros, y de asno, y de mujer nueva, salió la mujer á recibirle, diciendo: «¿qué es aquesto, marido?» respondió: «ventura, mujer, toma ese talegon, que los cruzados son nuestros.» Pidióle mas: «¿y el asno? También es ventura, porque me ha de servir hasta que le salga la cola. Replicóle: «¿y la mujer?» Respondióle: «También es ventura, pues la tengo de volver preñada á su marido.—¿Cómo de volver preñada? dijo la mujer,

¿á eso llamais ventura? no es sino desventura: ¿dos mandadoras en una casa?» Respondió el marido: «catad, mujer, que el juez lo ha mandado.—Aunque lo mande y remande, dijo la mujer, yo soy la que mando en mi casa, y por el siglo de mi madre, tal no entre de las puertas adentro.» Despidiéndola, como el marido della la hubiese seguido, presumiendo lo que se podia seguir, cobró su mujer muy satisfecho y contento.

A cabo de dias tornó el mercader á suplicar al alcalde, dando otros testigos de fe y de creencia, como eran suyos los cruzados; por lo cual mandó llamar al tira-tierra, y que trajese el talegon con los cruzados. Traidos, mandó el alcalde que se los diese. Dijo el tira-tierra, al punto que se los dió, pensando que tampoco los recibiría: «mire, señor; que no hay sino ochenta, porque los otros se han gastado en alhajas de mi casa.» Respondió el mercader: «ochenta ó setenta, dad acá, que no quiero contarlos, que mas vale tuerto que ciego, que yo los recibí por ciento. Anda con Dios.» Contentas las partes, cada cual se fué á su casa.

Oyendo el aguador que todos habían cobrado sus haciendas, así el mercader sus dineros, como el otro su mujer, pareció delante del alcalde, suplicando que le mandase restituir el asno, que él era contento de recibirle desrahado, así como estaba proveído; cobró su asno, y el tira-tierra se quedó con veinte ducados y libre de los querellantes.

PATRAÑA SETIMA.

La duquesa de la Rosa,
Siendo sin culpa culpada,
Por justicia fué librada,
Dándola por virtuosa.

A una hija del rey de Dinamarca, hablándole por marido al duque de la Rosa y al conde de Astre, porque el duque era feo, aunque rico en ditados, y el conde hermoso, y no de tanta renta, no quiso determinar cosa, sin que el rey su padre lo determinase. Determinado por el padre, señaló al duque de la Rosa. Pues hechas sus bodas competentes á sus estados, llevóse el duque á su mujer á sus tierras, acompañada de grandes señores muy honradamente, á do de continuo la duquesa vivía con gran deseo de ver al conde de Astre, por si era tan hermoso como se lo habían pintado. Sin ningún pensamiento malo, ni perjuicio de su honra, en que cumplir su vano deseo, fingió al duque que había prometido de ir en romería á la casa de Santiago, si Dios le hacía tanta merced que casase con él, y que pues él había ya alcanzado lo que tanto deseaba, que no le negase aquel camino. Y todo este fingimiento era por ser el romeraje derecho por donde estaba el conde de Astre. A lo cual respondió el duque: «que vais á semejantes romerías, señora duquesa, bien me place, que cosas sanctas son y buenas; pero sin compañía, y el fausto y honra que á mí pertenece, podríanme culpar en ello, y á vos os suceder algunos inconvenientes.» Respondióle la duquesa: «para ello buen remedio siento, si vuesa señoría quiere, y es que Palestino vuestro mayordomo, y Apiano mi camarero, honrados hombres, á quien mas que á mí se les puede fiar, en traje de pobres peregrinos, yo juntamente con ellos, podemos seguir tan sancto camino.» Contento el duque, aderezaron y siguieron su viaje. Venida la duquesa en traje de romera y los dos que la acompañaban á la villa de Astre, adonde el dicho conde, que ella ver quería, habitaba, no habiendo oportunidad de verle, á causa de ciertos bandos que traía, hizo la duquesa que aguardasen un día de fiesta, diciendo que quería ver cómo solemnizaban los oficios en aquella villa. Venido el día, púsose junto á la pila del agua bendita,

por donde el conde había de pasar. Pues como pasase, y la gente que con él venía iba muy recatada, tuvieron mientes cuán afincadamente aquella peregrina lo estaba mirando; temiendo que no fuese alguna espía, dijéronselo al conde, por lo cual el conde mandó que vista la presente, fuesen á la peregrina y á los que venían con ella, que de su parte buena y cortesmente los convidasen á comer, y cuando no, que forzosamente los llevasen á palacio. Idos y convidándolos, la duquesa alegremente aceptó el convite. Venido el conde á comer, mandóles servir á los tres juntos en la mesa á una parte. Ya después de haber comido, preguntóles el conde de qué provincia ó reino eran, y adónde iban. Dijeron que á Santiago; nunca el conde lo quiso creer, sino que culpándolos de espías los mandó á todos poner presos.

Viéndose en tal aprieto la duquesa, apartando al conde, en secreto le dijo: «sepa vuestra señoría que no somos espías ni traidores, ni Dios tal quiera ni mande, sino que le quiero decir la verdad, pero hame de dar la palabra de caballero de no descubrirse á persona desta vida.» Prometiéndoselo, dijo: «sepa vuestra señoría que yo soy la duquesa de la Rosa, hija del rey de Dinamarca, y la causa de venir yo por su tierra desta suerte, ha sido por ver su hermosura y graciosa presencia, si era tal cual me manifestaron cuando mi padre determinó de darme al duque de la Rosa por marido; y no lo tomes á jactancia, noble señor, que mucho es mas de lo que dijeron, ni por eso me has de culpar de liviana, sino que te suplico que, sin detrimento de mi honra y fama me dejes volver á mi tierra, y sueltas esos dos honrados hombres que mi castidad acompañan; y mas te pido de merced, que dejes de hacerme aquel acatamiento que por tu sobrada virtud pretendieres que merezco, porque no sea descubierta.» Entonces el conde disimuladamente los hizo soltar y dar como por vía de caridad gran copia de dineros y joyas. Despedida la duquesa, y vuelta de Santiago á la presencia del duque su marido, fué recibida con gran regocijo de todos sus vasallos.

De allí á pocos días, el mayordomo, enamorado de la duquesa, tuvo atrevimiento de descubrirle abiertamente su mal deseo. Ella, como prudentísima y muy sagaz, desvióse lo mejor que pudo, amenazándole que se lo diría al duque su marido, si mas la importunaba sobre aquel caso tan feo. El mayordomo, viendo en el mal caso que había caído, por encubrir su bellaquería y maldad tan grande, urdió otra peor; y es, que fué á un hermano suyo, diciéndole que por causa que la duquesa su señora se revolvia con un cierto mancebo que entraba secretamente en su retraimiento, le hiciese merced de ponerse escondido detrás de las cortinas de la cámara de la duquesa, para saber distintamente quién el tal fuese. Contento, y puesto do le había dicho, fuése el mayordomo al duque de presto, diciendo: «señor, sabrá vuestra señoría cómo la duquesa tu mujer te hace alevosía con mi propio hermano; ven conmigo y verlo has, porque en ello mas crédito me des, que delante de tus ojos yo daré fin á su vida, que mas quiero que fenezca un traidor, que no que sea deshonra de tu noble y esclarecido linaje.» Idos los dos al aposento y retraimiento de la noble duquesa, el mayordomo sin mas decir palabra, cerró con su hermano, y dióle de puñaladas de suerte que le mató. La duquesa, espantada de ver semejante caso, dijo: «¡ay, Redentor mio, y salvación mía! ¿y qué puede ser esto, ó qué yerro puede haber cometido este desdichado? Vos lo cometistes, dijo el duque, falsa enemiga, y adúltera malvada; por do luego proveyó que fuese puesta en una torre, y por bien que le dió con mil juramentos sus desculpadas, no aprovechó ninguna cosa, sino que le concedió plazo de cuarenta días, y que en este tiempo estaría el mayordomo muy á punto armado en campo, por si alguno la quisiese defender; y cuando no, que el plazo cumplido, la mandaría quemar.

La pobre y afligida duquesa, no teniendo otro remedio, esperando en el socorro de Dios, escribió una carta para el conde de Astre, haciéndole saber su inocencia y falsa acusación, y la prisión en que estaba puesta; y diósele al camarero, que vista la presente la enviase con mensajero cierto. Recibida que fué la carta del conde, dió por respuesta que en ninguna manera podía ir; y por otra parte, él y otro caballero muy privado suyo, armados en blanco, se fueron derechos al ducado de la Rosa. Allegados, el conde hubo unos hábitos de fraile, y le fué á suplicar al duque que le dejase entrar á confesar á la duquesa, por ver si le podía hacer confesar la verdad de lo que pasaba. Dada licencia entró á confesarla, y en la confesión dijo la duquesa cómo era sin culpa de aquello que el duque con tanta riguridad la inculpaba, y que no había otra cosa, sino que por haberle alabado la hermosura del conde de Astre, había fingido una romería para irle á ver y gozar de su vista. Acabada su confesión, se volvió el conde muy satisfecho á su posada, y armado en blanco él y su compañero salieron al campo diciendo cómo venían por defender la duquesa, y que saliesen dos á dos como ellos eran, para lo cual se determinó de armar el duque y salir juntamente con el mayordomo. Venidos á la pelea, el duque de la Rosa fué muerto por el compañero del conde, y el mayordomo teniendo en tierra el conde para degollar, suplicóle que no le degollase hasta en tanto que hubiese confesado la verdad. Contento publicó á voces muy altas toda su maldad y bellaquería, dando por libre á la duquesa del adulterio que le habían levantado. En esto suplicaron los jueces al conde que lo librase en su poder, porque ellos pretendían hacer justicia dél, conforme el caso requería. Librólo el conde sin contradicción ninguna, y él y su compañero vista la presente, se salieron de la ciudad, caminando para su tierra.

Después los jueces, vistas las confesiones del mayordomo, primero y principalmente dieron por libre á la duquesa, y al duque enterraron con mucha solemnidad y honra, y al mayordomo atenacearon y quemaron. Acabado todo esto, los hombres mas principales de parte del pueblo vinieron cargados de luto á visitar á la duquesa, en señal y demostración del pesar que habían concebido de la muerte del duque, y á relatarle de parte del pueblo, que si determinación tenia de volverse á las tierras de su padre el rey de Dinamarca, porque ellos la volverían con todo aquel acatamiento y estado que merecía, y que si quedarse ella determinaba, por causa que el ducado quedaba sin heredero, ellos se ofrecían todos de muy entera voluntad de obedecella por señora, con tal condición, que se había de casar dentro de un año, y el marido á contento y por consejo de todos ellos elegido. Oyendo la duquesa su deliberación y amorosa embajada, ella respondió que se tenía por mas que dichosa de quedarse duquesa de la Rosa, y obedecer aquello que por su consejo se determinase, pero con tal condición, que de todo lo contenido diesen parte al rey de Dinamarca su padre. Contentos con esto se despidieron, y enviaron sus embajadores con la presente

CARTA.

Al rey de Dinamarca, á quien salud y vida por infinitos años deseamos: Hacémoste saber, cómo por la bondad de tu única hija y señora nuestra, y falsedad y atrevimiento de Palestino, ha sido servido Dios, por su dispensación divina, al duque de la Rosa, y señor nuestro, privarnos de la vida. El caso ha sido, que requiriendo de amores el Palestino á la duquesa tu hija, y como ella con su acostumbrada virtud se lo desviase, amenazándole que se lo diría al duque, el traidor, de miedo desto, y por mas acreditar su mentira, añadió á un mal otro peor; y es, que indució á un hermano suyo, diciendo, que porque tenía sospecha, que la duquesa se revolvia con un paje de su palacio, que él le pornia secretamente en la cámara

della detrás de sus cortinas para saber quién podría ser el atrevido paje: puesto, fuése derecho al duque, informándole que la duquesa su mujer le hacia maldad con un hermano suyo, y que por sus mismos ojos se lo haría ver. Entrados los dos en la cámara, lo primero que hizo Palestino, sabiendo en qué lugar estaba escondido su hermano, fué juntar con él y dalle de puñaladas, de tal manera, que allí perdió la vida sin poder hablar. Vista tan cierta, con apariencia de verdad, la falsa acusación, mandó el duque, según las leyes y constituciones maestras, poner presa á la inocentísima duquesa, y que Palestino estuviere armado en campo, por espacio de cuarenta días, por si alguno la quisiese defender. En este término limitado vinieron dos estranos y no conocidos caballeros diciendo que saliesen otros dos contra ellos, que ellos les harían conocer cuán falsamente era acusada la duquesa, y como no hubiese quien acompañase á Palestino en tal querrela, teniendo por muy justa la acusación, salió el duque con él, para contra los dichos caballeros, de tal manera que fué muerto; y vencido Palestino, y confesando su traición, le sentenciaron á cruda muerte, y la duquesa tu hija volvimos en su estado y honra, cual merecía, y con voluntad suya y nuestra, la instituímos de nuevo por señora absoluta de nuestro ducado. Por tanto te suplicamos que lo mas presto que fuere posible vengas á verla, y dar tu parecer, y pregones por todo tu reino, por no ser conocido el caballero que venció á Palestino, que parezca ante nos; que sin cavilación ni sospecha ninguna, le aseguramos la vida y estado, y pretendemos casarle, si fuere contento, con la duquesa, y aceptalle por señor, pues en tanto riesgo de la vida defendió su honra. Y con esto, besamos tus reales manos, y Dios sea en tu guarda, y á nosotros consuele. Amén.

Leído que hubo la carta el rey, fué tanto el enojo que tomó, que vista la presente se retrajo en su real aposento, y de tres días no quiso que ninguno le hablase, y mandó cortarse paños de luto para él y todos sus criados y sus servidores, y enderezó su camino para verse con su hija, el cual en breve tiempo se vido con ella, y los mismos grandes y señores que le escribieron la carta, pregonaron por su tierra y diversas provincias, con aseguramiento de vida y estado, que el caballero que había vencido á Palestino, quien quiera que fuese, le prometían dar á la duquesa por mujer, y acetalle por señor. Llegadas estas nuevas al conde de Astre, aderezado ricamente cuanto pudo, y acompañado de todos los grandes de su condado, caminó hacia el ducado de la Rosa, pero antes que á él llegase, escribió una carta de su mano á la duquesa, notificándole todo lo que con ella había pasado, y junto con la suya la carta que ella le escribió, y mas le dió señas de algunas palabras de cuando se confesó con él, entrándola á visitar en hábitos de fraile estando presa, y por su confesión había salido en campo, y había vencido al mayordomo Palestino, y que por tanto venía camino derecho de su ducado, con el ofrecimiento que los suyos habían apregonado, con deliberación de casarse con ella.

Leída la carta por los mas principales del ducado, en presencia de la duquesa y del rey de Dinamarca su padre, preguntáronle que si era contenta de casarse con el conde, á lo cual respondió, que pues Dios así lo había determinado, que se tenía por muy pagada y dichosa. Vista su tan humilde respuesta, suplicáronle que se quitase el luto, y se vistiese ricamente, cual su estado requería, y asimismo el rey de Dinamarca, y que saliese con ellos para recibir al conde. Contentos hicieronle un solemnisimo recibimiento, y le aposentaron en palacio. Y aquella noche fué desposado con la duquesa con muchas galas y fiestas, y después en el otro día siguiente oyeron su misa y fueron celebradas las bodas, y al conde juraron por duque de la Rosa. A do vivieron por muchos y largos años en servicio de Dios.

Deste cuento pasado hay hecha comedia, llamada de la Duquesa de la Rosa (1).

PATRAÑA OCTAVA.

Un rey, por ser muy agudo,
Y tenerse por hermoso,
Vido que un truhan jiboso
Lo acentaba por cornudo.

Acio, rey de Polonia, vivía muy alegre, y regocijado y contento por haber casado con la hermosa infanta Olimpia, y mucho mas de verse dotado de hermosura y disposición, cuanto posible fuese, que á su parecer no había hombre que con él se igualase, tanto que alabándose dello un día delante de Redulfo, romano, muy familiar criado suyo, le respondió: «en hermosura, crea vuestra alteza que tengo yo un hermano que se llama Octavio, que se podría igualar con él, y aun podría ser que le aventajase en algo.» Al necio del rey crecióle tanto el apetito y deseo de verle, que le rogó á Redulfo, dándole dineros y joyas, que le trajese á su corte á Octavio. Redulfo, escusándose, que su hermano era mancebo recién casado con madama Brasilida, mujer romana, hermosa y agraciada en extremo grado, igual en gentileza con su marido, y que tenía por imposible que dejase á Roma, ni se apartase un solo momento de su mujer tanto querida. En esto dijo el rey: «según los intervalos que tú me pones, no puedo conjurar sino que mientes, ó me lo has dicho por burlarte de mí.—Antes no, ni Dios quiera ni mande, respondió Redulfo, sino que vista la presente partí por cumplir tu mandamiento, y lo traeré delante tu real presencia, haciendo toda mi posibilidad.» Partido Redulfo, y llegado á Roma, fué muy alegremente recibido de su hermano Octavio y su cuñada Brasilida. A cabo de algunos días, declarando á su hermano la causa de su venida, tomó tan contra su voluntad, que no sabía qué remedio se escogiese, en especial cuando pensaba decillo á su mujer que tanto mostraba querelle. En fin, viendo la importunación de su hermano, y que no podía hacer otra cosa sino irse con él, un día estando los tres juntos en la mesa con mucho regocijo, después de comer, por sus rodeos y gentil estilo lo dijo el marido á su mujer, la cual en oírlo empezó á hacer grandísimos estremos, y como medio desmayada, diciendo: «¡ay marido mio, y señor y descanso mio! ¿y quién podrá vivir sin vuestra amorosa presencia un solo punto? El consolándola lo mejor que pudo, le prometió que antes de dos meses sería de vuelta, y que por tanto se dejase de hacer mas estremos ni fatigarse.

Aderezados los dos hermanos de ropas y caballos y escauderos, según á sus estados convenia, yéndose á acostar la vispera de la partida, Octavio y su mujer, al desnudarse se quitó ella del cuello un riquísimo joyel con una cruz de piedras preciosas, el cual había tocado en las mas reliquias de Roma, y dióselo á su marido con todo aquel encarecimiento que las mujeres suelen hacer, para que lo trajese consigo en señal de amor, porque se acordase de ella donde quiera que estuviere, y fuese guardado de algunos peligros. Agradesciéndoselo mucho, tomólo Octavio, y púsole á su cabecera debajo del almohada, para poderle tomar en la mañana al punto que se levantase de la cama. Acostados, su mujer pues jamás en toda la noche durmió, metida en sus brazos, á veces llorando, á veces se maldiciendo, y muchas desmayando. Levantados Octavio y Redulfo antes que amaneciese, ensillados y enfrenados sus caballos, y estando á punto de caminar, al despedirse no había quien á Brasilida la apartase de su marido, ni la consolase: tan grandes eran los llantos que hacia. En fin, que

(1) Lo mismo que la *Tolomea*, esta comedia es obra de Alonso de la Vega, con alguna variación en varios nombres y una introducción en prosa. Véase el num. 105 del catálogo de Morfín, pág. 205 de nuestra edición.

despedidos y ella vuelta á acostarse en su cama, aun no hubo caminado Octavio media legua cuando le vino á la memoria que debajo del almohada había dejado la cruz que su mujer con tanta eficacia le dió. Determinando él solo en persona volver por ella, dijo á su hermano que no dejase de seguir su camino paso á paso, hasta tanto que volvía á su posada por cierto joyel que se le había olvidado. Pues como descabalgase en el patio de su casa, y entrase muy quedo en la cámara por respeto que si dormía su mujer no la despertase, alzando la cortina, vió lo que nunca pensara ni creyera; y es, que vido estar abrazada su mujer Brasilda durmiendo con un siervo el mas infame y tonto de su casa. Suspenso estuvo de ver semejante caso, y por dos ó tres veces vacilando si con su espada daría fin á sus vidas. Pero el amor de Brasilda le convenció, que no hizo sino bonitamente tomar su joyel que estaba debajo del almohada, y salirse de la cámara, y sin ser sentido de nadie volvió á cabalgar y proseguir su camino, que en breve tiempo alcanzó á su hermano.

Vendo los dos juntos, veía Redulfo á Octavio su hermano caminar tan suspenso y decaído, tan demudado de color, y á poco á poco la cara que antes tenía, tan desfigurada, que no podía comprender, ni sacar rastro dél, qué era lo que le había acontecido. De otra parte hallábase confuso de ver cuán mentiroso saldría de lo que al rey Acario había encarecido y alabado, por lo cual siendo cerca de la corte, determinó de escribir al rey, diciéndole que por causa que su hermano venía cansado y medio muerto del camino, que no procurase de verle por entonces, sino que le suplicaba le proveyese de algun alegre aposento en que pudiese algunos días descansar y festejalle.

El rey, regocijado con la venida de Octavio, mandó que le aposentasen en su palacio en un alegre y espacioso aposento, adonde el hermano no dejaba de darle todos los pasatiempos del mundo; pero á Octavio el pensamiento de cómo había dejado á su mujer se los digería en todo pesar y tristeza, no siendo parte los regocijos y fiestas de su hermano para remedialle. Estando un día solo Octavio en su aposento, le vino el remedio, sin que le buscase, á la mano; y fué, que la estancia adonde él habitaba venía á conferir en el íntimo aposento de la reina, y como sintiese quejar de mujer celosa, mirando por la sala, vió en el rincón della, en lo mas oscuro, una abertura de pared, y acechando por ella vido cómo la reina y un enano medio monstruo estaban retozando, pasando sus amorosos afectos. Atónito y atordido de ver semejante caso, se puso entre sí mismo á considerar diciendo: «Váleme Dios, y esta reina, teniendo un tan gentil hombre por marido, se viene á someter á una fantasma como esta!» Desde entonces propuso en su entendimiento, que su mujer no era tanto de culpar; pero en el atrevimiento y fealdad en el mismo grado las ponía, pues no se contentaban de hermosos maridos, y dotados de bienes de fortuna. Con estas consideraciones, diciendo entre sí mismo: «En fin, no soy yo solo herido deste mal en el mundo,» empezó á quitar aquella imaginación que de su mujer tenía, y mas cuando vido en el otro día siguiente, que en el mismo lugar, y á la misma hora el enano y la reina no dejaban de celebrar los cuernos reales, tanto que entre otros días vido en uno, que la reina estaba muy enojada porque el enano estando jugando no había querido acudir á la asignada hora, habiéndole enviado á llamar con una criada dos ó tres veces. Con este espectáculo y competencia Octavio tornó de triste muy alegre; y en breves días recobró la salud y el mismo ser que había perdido; por do Redulfo muy regocijado dijo al rey que ya su hermano estaba bueno y en disposición para gozar de su vista toda hora y cuando su alteza mandase.

Venido el rey al aposento de Octavio, y maravillado de la gentileza y disposición suya, conoció que Redulfo le había dicho la verdad; y, entrando en conversacion,

entre otras cosas que le pidió el rey á Octavio fué, que le rogaba le dijese qué había sido la causa de su enfermedad. Suplicando al rey que se lo tuviese secreto, le contó todo lo que le había acontecido con su mujer. Replicándole el rey que de qué suerte había cobrado la salud, respondió que de ver en su palacio otro semejante caso como el suyo. Importunándole el rey que le mostrase adónde, y quién eran los ejecutores de tal obra, le hizo jurar Octavio que por cosa que hubiese no se maravillase, ni persona ninguna de los culpantes por él fuese castigada. Jurándose el rey, Octavio á la hora que él sabía el concierto de la reina y del enano, hizole ver por la abertura de la pared á la reina en brazos del enano. Loco y fuera de sí estuvo el rey de ver lo que no quisiera, y en un punto de quebrar el juramento, por vengarse de tamaña afrenta. Mas volviendo en sí, y pensando que el juramento que había hecho le hacia volver atrás, volvió á Octavio diciendo: «¿qué consejo me darás tú sobre este tal hecho, hermano?» Respondió: «mi parecer es, si á vuestra alteza le place, que las dejemos para quien son, así la mía como la vuestra, y pues somos mancebos que hermosura ni riqueza no nos falta, que con estos tres efectos podemos derribar á la mas encubrada mujer del mundo, probemos nuestra ventura por diversas provincias, y veremos si está solo el daño en nuestras mujeres, ó en el sexo femenino.

Cuadróle tanto al rey este consejo, que en breves días se pusieron á punto, y sin paje ni escudero ninguno comenzaron á proseguir su intento por toda Italia, Francia y Inglaterra, no dejando de alcanzar sino las que de probar dejaron. Pero con lo que mas á todas estas las convencieron, fué con sola la riqueza, porque las mas dellas son vencidas con el interés. Pues como cada día hallasen en las unas sobrada liviandad, y en las otras soberbia y vana locura, y en las otras tiranía, y en las demás infidelidad; y por este respecto se viesen en muchos rieptos y desafíos, y á veces en peligros de perder la vida, llegando á cierto lugarejo á posar en casa de un mesonero que tenía una hija muy hermosa, que ya Siriaco, un mancebo, era fama que había habido lo mejor della. Pareciéndoles bien en estraña manera, dijo el rey á Octavio: «De parecer sería, hermano, si á tí te parece, que esta moza la tomásemos para nuestro servicio, de la cual pienso yo que seremos bien servidos, y nos mantendrá lealtad, pues vemos que tarde las mas dellas, segun habemos probado, se contentan con un solo potro, y está claro que mas verán cuatro ojos que dos. Pidámosla al huésped, ofreciendo por ella su dote. Concertado, pareciéndole bien á Octavio lo que el rey le había dicho, dieron parte dello al mesonero. El cual, viendo sus presencias y la liberalidad dellas, fué contento en hacello, con que depositasen luego el dote en su poder. Depositado, y la moza muy bien aderezada de ropas, cual sus estados requerían, fué entregada en sus poderes prometiendo devolvérsela á su padre cuando ella no quisiese sus compañías.

Caminando con la hija del mesonero, por jamás se acostaban de noche que no la metiesen en la cama en medio de los dos, y entre dia el uno ó el otro que no la guardase. Siguiendo con esta vigilancia que tenían, que allegaron á cierta villa y posaron en un meson, en el cual estaba sirviendo Siriaco; y teniendo oportunidad de hablar á la moza, prometiéndole de casarse con ella con tal que durmiese con él una noche. Ella, contentísima y deseosa de no estar tan sujeta, ordenó que por cuanto dormía entre aquellos gentiles hombres que la llevaban, que la noche siguiente se entrase en su cámara, y si tocando en medio del lecho, hallase su pié descubierto, que se metiese desnudo por él sin miedo. Hecho el pacto, vino Siriaco, y hallando el pié descubierto, cubrió á ella de su cuerpo, y cumplió su deseo; habiendo estado buen rato, tornóse á salir por donde había entrado; bien que el rey y Octavio, habiendo sentimiento del negocio, por pen-

sar el uno que el otro fuese, llamando entrambos hasta que fué de dia, y levantándose el rey, dijo á Octavio: «Reposad, hermano, y no os levanteis tan presto, que habeis caminado mucho esta noche.» Respondió Octavio: «A vuestra alteza toca el reposar, que nunca descabalgal pen-sastes.» Fué tanta la competencia de los dos sobre este negocio, que corridos, y pensando que la burla procedía de la moza, apachugaron con ella, y á puro miedo la hicieron decir la verdad. Los cuales de oír el engaño, de risa no se pudieron tener en piés. Importunándole que les dijese quién era el tan atrevido que en tal peligro se había puesto, respondió, que Siriaco, que la había habido doncella, y prometido de casarse con ella, si dormía una noche con él. Visto esto, llamaron al mancebo, el cual no negó la verdad. Y visto por ellos clara y distintamente que aunque tuviesen mas ojos que Argos no eran bastantes á guardar á media mujer, tomaron al mozo y á la moza á las ancas de sus caballos, y trajéronlos en presencia del mesonero, á do fueron desposados y velados. Y el rey con Octavio determinaron de volverse á sus tierras y vivir con sus mujeres, disimulando como sufridos y pacientes, pues de los tales era el reino de Dios, y vivían largamente sobre la tierra.

PATRAÑA NOVENA.

Ceberino captivaron,
Y fué llevado á Turquía:
Después con mucha alegría
Rosina y él se casaron.

Un mercader de Barcelona, llamado Hilario, envió á Nápoles á un hijo suyo, Ceberino, para que le cobrase cinco mil ducados que allá le debían. Cobrado que los hubo, dióse tan buena diligencia que en breve tiempo se los ganaron otros mercaderes de la misma tierra. Quedando sin blanca, y sabiendo que estaba una nave que hacía vela para Barcelona, se embarcó en ella, y llegando después de su navegacion en el puerto que deseaba, desembarcó el dicho Ceberino, y entróse en la ciudad de Barcelona; y como fuese muy de noche y no hallase posada, determinó de recogerse debajo de un banco que estaba cerca de casa de su padre, porque no le quitasen la capa, si por caso se durmiese. Estando allí puesto, sintió que de la calle tiraron una piedra á una ventana de la misma casa, y salió una mujer que dijo: «señor, á las doce verná vuestra merced, que agora no hay sazón.» Ido el hombre que tiró la piedra, cerca de las doce salió Ceberino debajo el banco do estaba, y tirando su piedra, salió la mujer á su ventana, y dijo: «tome, señor,» y él parando la capa echóle un lío de ropa con riquísimas joyas revueltas con él. Y diciendo «ya bajo,» á cabo de rato vidola salir por la puerta, y no fué salida tan presto, cuando se abrazó con él diciendo: «vamos, señor niño,» y tomándola de la mano saliéronse de la ciudad caminando á Valencia. Cuando fueron bien lejos, y ella viese con claridad del dia, que no era el que pensaba, maldecíase haciendo grandísimos estremos, á lo cual le respondió Ceberino. «No os maldigais, señora, antes os habeis de tener por dichosa en haber caído en mi poder; porque sabed que soy hijo de Hilario, mercader riquísimo desta ciudad. Conociéndole, y que ya no había remedio en lo hecho, siguieron su camino; y por la presencia del dia, por no ser descubiertos, metiéronse en un bosque, á do se dieron palabra y fe de marido y mujer, y efectuaron con mucho regocijo el matrimonio. Pues como en el bosque no hubiese agua para beber, determinó Ceberino de llegarse á la marina, tanto por buscar agua como por si veía algun bajel para poderse embarcar con Rosina, que ansina se decía. Fué su desdicha tan grande que, en llegando á la mar, fué preso

de moros. Ella, conociendo que se tardaba, subióse en un recuesto, y vido cómo se lo llevaban captivo. Conociendo que la fortuna la perseguía, usó de ánimo varonil, y es que se hizo un talegoncillo, en el cual puso todas las joyas que llevaba, y cosido, se lo ciño junto á la carne. Y mirando á qué parte la guiaría la ventura, vido muy lejos de allí una casa, y aguijando acia ella, por estar cerrada y llamar y nadie no responder, determinó entrar dentro por una pared bajuela que había. Entrada, halló, por ser majada de ganaderos, en un retrete todo un aderezo de pastor, por do luego en un instante se despojó de sus ropas, y se vistió á modo de zagal, y determinando de llamarse Ceberino, el nombre propio de su amado marido, caminó para la ciudad de Valencia, y allegándose al Grao, para holgarse algunos dias, dijole un mesonero, que si quería estar con él. Contenta, preguntóle que cómo se llamaba; diciendo que Ceberino hicieron su afirmamiento.

Dejemos agora á Rosina en hábito de hombre, y vamos á Ceberino; el cual como se viesse captivo, dijo que se llamaba Rosino, el nombre de su señora. Traído en Constantinopla, por ser los moros corsarios de Turquía, vino por parte al gran turco, el cual por parecerle bien, le hizo ataviar y que sirviese en su palacio. Rosino, como fuese muy servicial, y que en estremo trabajaba de agradar á todos, y gran músico de vihuela, de muchos era querido y amado, especialmente del turco, porque las mas noches le hacía tañer y cantar en su presencia. Y con esta conversacion, la hija del gran turco, que Madama se llamaba, se enamoró dél, y no sabiendo de que modo manifestarle su deseo, suplicó á su padre que á Rosino se lo diese por maestro, para que le mostrase á tañer. Contento el gran turco, en la conversacion y tratamiento, tuvo noticia Rosino cómo Madama estaba presa de amores dél, el cual disimulaba sabia y discretamente por no perder lo que hasta entonces había ganado, no dejando de recibir algunos dones y mercedes, que de cada dia le hacia en cuenta de maestro.

En este tiempo allegó una nave de Barcelona en Constantinopla sobre seguro. Sabiéndolo Rosino, fuése á los marineros della, rogándoles que si les preguntaban de quién era hijo que dijese que era de gran linaje, que no perderian nada por ello. Pues como Madama supiese que aquella nave era de la ciudad de su maestro, secretamente envió que se informasen de Rosino su maestro, de qué linaje y estado era. Habida relacion que era hombre de estado, muy mas se le acrecentó el amor que le tenía; y sabiendo que estaba la nave de partida, dióle Madama á Rosino una cajuela de riquísimas joyas para que enviase á su padre y madre, y mas un anillo para que desechase el que llevaba, el cual era el que Rosina le dió en señal de casamiento en el bosque, y trajese aquel en su servicio. Recebidas las joyas, y vistas cuán riquísimas eran, estuvo muy maravillado de su liberalidad; y cerrando la cajuela, puso juntamente con ella el anillo de Rosina, y cerrada y sellada cual convenia, dióla á los marineros, estrenándoles muy bien, diciéndoles que diesen aquella cajuela de bálsamo en Barcelona á su padre Hilario. Despedidos los marineros, hicieron su viaje bueno y salvo, sino que no pudiendo tomar puerto en Barcelona, los trujo la fortuna á la playa de Valencia, y aun allí hubieron de echar ropa en mar y por salvar la cajuela tan encomendada, salió un marinero á tierra con ella, la cual dió á guardar á un mesonero del Grao, y por dicha vino á caer en manos de Rosina que Ceberino se llamaba. Pasado el mal tiempo, adobaron su nave los marineros, y teniendo viento natural de su navegacion hicieron vela, olvidándose la cajuela. Rosina, viendo que se habían descuidado, hizo leer un albarán que estaba escrito y fijado en ella que decía: «sea dado á Hilario en Barcelona.» Calló, y disimuladamente á la noche viniendo á abrilla, por ver lo que podía

haber dentro, á la primer vista que vió fué el anillo que habia dado á su querido Ceberino, por do maravillada de tal cosa, y mas de las riquísimas joyas que con él venian, dijo: «santa María, Señora, ¿qué señal ó vestigio puede ser este? ¿Es quizá por desdicha mia muerto mi amado esposo Ceberino?» Cuanto pudo de presto tornó á cerrar la cajuela, y continuando sus oraciones, que Dios le diese nuevas de su vida ó de su muerte, pasaba sus días y noches tristes con mil sobresaltos que la combatian.

Volviendo á Ceberino, de como era molestado de los amores de Madama, y él, no queriendo conceder en ellos, proveyó Dios de remedio; y fué, que allegó en Constantinopla una nave española, y habiendo despedido toda su mercadería con el salvoconducto que tenia del gran turco, y estando para hacerse á la vela, Madama suplicó á Rosino que los dos se fuesen con aquella nave que estaba de partida, que ella le daría gran cantidad de dineros y joyas. Fingiéndose que era contento, recibido que hubo lo que le habia prometido, embarcóse sin ella, y tuvieron tan buen tiempo que en breves días llegaron en España, y vino á aportar á la playa de Valencia, á do desembarcado con todas sus riquezas, vino á posar adonde Rosina estaba en hábitos de hombre; y como sintiese que se llamaba Ceberino, y estuviese muy ahincadamente mirándola, estaba dudando si era ó no era ella; y por mejor certificarse dello, apartóla en puridad, por do se vinieron á conocer, y á abrazarse del gozo que concebieron. Y ella le manifestó cómo la cajuela estaba en su poder, de las joyas que enviaba á su padre con el anillo que ella le habia dado en el bosque. Ceberino muy alegre dello, manifestó al mesonero cómo Ceberino se llamaba Rosina por otro nombre. Y era su mujer y esposa amada suya, y que por habelle hecho tan buen tratamiento en su casa se lo agradecía en grandísima manera, y sin eso le dió algunas joyas. Y ataviando á Rosina de riquísimas ropas y joyas, se embarcaron para Barcelona, á do dándose á conocer á sus padres, fueron muy bien recibidos, y de allí á pocos días celebradas sus bodas con alegre y sumptuoso regocijo.

PATRAÑA DECIMA.

Por causa de un cadenon
A Marquina maltrataron,
Las narices le cortaron,
Y á su marido un jubon.

Tancredo, gentil hombre, sirviendo á Celicea, mujer casada, que vivía junto á casa de un barbero, fué tanta la conversacion que tuvo con Marquina, mujer del barbero, que hallándola llorando un día, le dijo: «sepa yo, señora, de vuestra merced, de qué llora.» Respondió: «¿no le parece que tengo de qué llorar, señor, que ya ha dos meses que no ceno ni duermo con mi marido?» Dijo: «¿por qué respecto, señora?» Respondió: «porque lo meresco, pues no me quiere dar treinta ducados que me ha prometido para un cadenon de oro destes que se usan.» Dijo Tancredo: «¿y deso se ha de fatigar, señora? Yo se los prometo de dar, con tal que recabé vuestra merced con la señora su vecina Celicea, haga lo que por diversas veces la tengo rogado.» Marquina, codiciosa de haber cadenon, prometiéndoselo, dióle parte á Celicea de la pasion que Tancredo por ella pasaba, importunándola que no dejase de hacer por él, sabiendo que era hombre de bien, y que le podía socorrer de muchas necesidades. Fué tanta la importunacion de Marquina, que Celicea le dió palabra de hacer lo que mandase, y que sería desta suerte: que su marido de allí á dos días se habia de ir de la ciudad, y que ella le daría entrada; pero con tal condicion, que fuese por su casa por mas guardar su honestidad.

Hecho el concierto, el marido de Celicea, ya recelándose de Tancredo, antes que se partiese, pidió á Marquina una navaja diciendo que la habia mucho menester. Dejada, fué su camino. A la noche, entrando Tancredo en casa de la señora Celicea por el tejado del barbero, á cabo de rato tocó á la puerta el marido, por do de presto se volvió á salir. El marido, viendo la cama sahumada, reconoció toda la casa, y vuelto á su mujer le dijo: «¿qué es esto, mala mujer? Que teniades algun concierto; ¿pareceos bien, no estando vuestro marido en la ciudad, hacer estas putañerías?» Ella, disculpándose lo mejor que pudo, y él amenazándola de puro enojo apechugó con ella y la ató en un pilar que estaba en medio de la casa con las manos atrás; dejola allí diciendo: «esa será tu cama sahumada, bellaca traidora, y ahí dormirás esta noche,» y él acostóse en su cama. Como la mujer gimiese y llorase, y la buena de la barbera estuviese acechando lo que pasaba, por codicia de ganar los veinte ó treinta ducados para su cadenon, entróse queditamente por el terrado, y acercándose á Celicea le dijo: «señora, el mejor remedio del mundo tienes agora, si tú quieres hacer por Tancredo, pues tu marido está sin lumbre y duerme.» Respondióle: «¿cómo ó de qué manera?» Desta, dijo Marquina, que yo te desataré de donde estás, y tú atárame has á mí, porque si viniere á reconocerte tu marido no te halle menos; y vete corriendo, que en mi terrado hallarás á Tancredo, que te está esperando.» Contenta, desatada que fué Celicea, ató muy bien á Marquina, y fuése á holgar con su amante.

En este medio, como el marido despertase y se viese sin lumbre, dijo: «qué tal estais, mujer? ¿Dormís ó veláis?» Como Marquina callase por no ser descubierta, levantóse de presto el marido diciendo: «qué, ¿soy algun loco por ventura, mujer, que no me volveis respuesta? Espera, que yo os haré que hagais mal gozo á quien bien os quiere.» En esto tomó la navaja, y acercándose á ella la cortó las narices, y volvióse á acostar. A cabo de rato vino Celicea y desató á Marquina, y Marquina ató á la señora; y dándole parte cómo su marido le habia cortado las narices pensando que fuese ella, la cual se fué sin narices muy congojada á su posada, y á Tancredo dió despedida, recibiendo los treinta ducados prometidos.

Celicea á cabo de rato empezó á quejarse, diciendo: «señor Dios, pues vos sois testigo, si tengo culpa ó no de lo que me ha levantado mi marido, mostrad agora milagro en mi en curarme de mis narices.» De allí á otro poco dijo: «gracias os hago, señor, que estoy buena y sana, sin mirar á las demencias de mi marido.» Oyendo sus quejas, levantándose de presto encendió lumbre, y encendida fuése acia su mujer, y en vella con narices, arrojóse á sus piés muy humildemente, diciendo: «perdonadme, señora mujer, por el falso testimonio que os he levantado.» Perdonándole desatóla, y fuéronse á acostar marido y mujer muy regocijadamente. El marido de la barbera, como se levantaba antes del día, porque habia de ir á afeitar fuera de la ciudad, y reconociese su estuche, y tentando hallase menos la navaja, fué á pedirla á su mujer. Y como ella le diese mala respuesta, tiróle el estuche, por do ella empezó á gritar y dar voces: «¡Ay traidor, ay, mal hombre, que me ha cortado las narices!» A las desafortadas voces subió el alcalde que iba rondando por la ciudad, para ver lo que podía ser aquello. Viendo la mujer sin narices, queriendo apañar de nuestro barbero, y él arrancase de su espada, haciendo resistencia, porque fué herido el porquerón, lo llevaron á la cárcel, y por sentencia á cabo de días le azotaron por la ciudad. Así que por codicia de una cadena de oro fué la barbera desnarigada y el marido azotado.

PATRAÑA ONCENA.

Apolonio por casar
Con la hija de Antioco,
Grandes infortunios toco
Que pasó por tierra y mar.

Antioco, rey de la ciudad de Antioquia, siendo viudo, tenia una hija llamada Safirea, en tan extremo grado hermosa que su gracia y gentileza sonaba por todas aquellas comarcas. Y como después de su padre estaba determinado que habia de suceder en el reino, importunábanle grandes principes y señores de pedirsela por mujer, y como á él no le conviniese, porque no le amolestasen sobre ello, puso esta pregunta á la puerta de su palacio, que decia desta suerte:

PREGUNTA.

Soy el que tengo y no tengo,
Cai sin me levantar,
De lo injusto me sostengo,
Entro do no puedo entrar.

Notificado, que cualquier que le declarase sobre la dicha pregunta, de cualquier estado que fuese, le daría á su hija por mujer, cuando no, que le cortaría la cabeza, por este respecto ninguno hubo que se atreviese á pedirla, sino fué á cabo de mucho tiempo el príncipe Apolonio, señor de la provincia de Tiro, que por su acutísimo ingenio alcanzó la verdad del negocio. El cual, por estar muy enamorado de la Safirea, vino delante del rey Antioco para declararle la pregunta, y apartándole en puridad. «Tú eres, rey, el que tienes razon y no la tienes; tienes razon, porque eres hombre; no la tienes, por vivir bestialmente en echarte con tu hija, y eso es sostenerte injustamente, y entrar do no puedes entrar.» Admirado el rey, viendo que habia acertado, sin mostrar ninguna perturbacion, dijo: «Digno eres de muerte, Apolonio, porque no has dicho verdad; mas porque no me pintes por cruel, y ser la persona que eres, yo te doy un mes de tiempo para que mejor pienses en ello.» Despedido Apolonio, vista la presente, se embarcó para Tiro, y Antioco no le hubo dado licencia, que de allí á poco no se arrepintiese por ello, y de miedo que no fuese manifesto su pecado, mandó á Taliarca, criado suyo, con otros hombres de mala vida, que fuesen tras de Apolonio, y como quiera que fuese le matasen. En este intermedio, estando Apolonio en su tierra, y pensando que habia declarado la pregunta al rey Antioco, y que no habia cumplido su palabra en darle por mujer á su hija Safirea, á quien tanto quería y amaba, tomó una nave, la cual cargó de mucho trigo, y dineros y joyas de infinita valía, y de aborrescido se embarcó de noche secretamente en ella con ciertos criados y familiares suyos.

Los de Tiro habiendo sentimiento de su tan aborrescible viaje, y que la causa dello era el rey Antioco, por no haberle querido dar á su hija por mujer, concibieron tanta tristeza por ello, que vista la presente, mandaron cesar cualquier trato que fuese de regocijo. Por lo cual la gente de la ciudad estaba puesta en gran afliccion y cuidado por el amor de su príncipe.

Pues como desembarcase Taliarca en el puerto de Tiro y hallase el pueblo tan triste, preguntando á un muchacho la causa dello, le respondió: «amigo, que no sabes tú, que todo esto es porque el príncipe nuestro, Apolonio, no se sabe si es muerto ó vivo, que después que vino de Antioquia no parea.» Con esta relacion Taliarca con sus compañeros se volvió á embarcar muy satisfecho. Y venido ante su rey Antioco, le dió aviso de lo que pasaba, Y luego inmediatamente mandó pregonar por todo su reino, que cualquier que le diese vivo al príncipe Apolonio le daría cinco mil marcos de oro, y al que muerto, ó su cabeza, mil y quinientos.

T. III.

Volviendo al príncipe Apolonio, que con su nave seguía su ventura, vino á aportar en una provincia llamada Tarcia, y desembarcando, y paseando por ella en traje de mercader, conocióle (aunque en bajos vestidos iba vestido) Heliato, senador della, que en días pasados habia sido su vasallo, y llamándole por su nombre no le quiso responder Apolonio. Heliato entonces tornó á llamarle diciendo: «Rey Apolonio, ¿por qué quieres despreciar á quien favorecerte puede? Yo te certifico, que si tú supieses lo que de tí sé, que tú me escucharías, y gratificarías muy bien.» A esto respondió Apolonio: «si te place, amigo, por lo que debes á virtud, me digas precisamente lo que de mí sabes. — Sé, le dijo Heliato, que el rey Antioco ha hecho pregonar por todas sus tierras, que quien le diere tu persona, le promete dar cinco mil pesantes de oro, y el que tu cabeza mil y quinientos.» Ansi, dijo Apolonio: «¿y es tu profesion de ganar eso?» Respondió Heliato: «no plega á Dios que tal traicion cometa á quien por rey he obedecido algun tiempo, sino lo que te suplico es que, lo mas presto que puedas, dejes la Tarcia, que aunque sea señoría por sí, no podemos dejar de complacer al rey Antioco por algunas mercedes que dél habemos recibido.» A esto respondió Apolonio: «si alguna gracia alcanzar de tí pretendo, ha de ser esta, que me aposentes secretamente por algunos días en tu casa, á causa que vengo muy fatigado de la mar.» Heliato atemorizado, no sabiendo cómo se espeler de tal demanda, dijo: «Señor, mi casa y cuanto hay en ella, está presta para tu servicio, sino que hay un gran inconveniente, y es que perecemos de hambre; porque está la ciudad en gran estrechura de trigo, que no tenemos ya sino para tres días; mal podría hacerte aquel acatamiento que merescas quien de pan carece.» — Tanto mejor, dijo Apolonio: te habias de alegrar y dar gracias á Dios que á tal coyuntura me ha traído á tu patria; porque te hago saber que traigo en mi nave cien mil hanegas de trigo, y lo desembarcaré en ella, si fuere contenta la señoría de Tarcia de tenerme secreto y hospedarme en su tierra.» En oír esto Heliato, de gran gozo y alegría que concibió en su corazon, se le arrojó á sus piés queriéndoselos besar, y Apolonio no consintiendo alzólo de tierra. Alzado, suplicóle Heliato que se fuese derecho con él, que los senadores le estaban aguardando á consejo sobre la hambre que les apremiaba: y que allí notificaria su demanda, y redempcion tan preciosa como traía para todos.

Idos delante de los senadores, propusoles muy en secreto Heliato, como aquel era el príncipe Apolonio, y si querian favorecerle en tenelle secreto en su tierra, les favoreceria de cien mil hanegas de trigo que traía en su nave; y estas vendidas al precio que le costaba, que era á razon de cuatro reales por hanega. Muy alegres los senadores por tan señalada merced, respondieron que eran muy contentos, que no solo le favorecieran, pero que perderian la vida y estado por él, si menester fuese. Desembarcando el trigo el príncipe Apolonio como simple mercader, lo quiso distribuir todo por sus manos al pueblo. Y así el que podia pagar pagaba, y al que no, fiaba, y á los pobres labradores daba para que sembrasen, con tal que á la cogida se lo volviesen. Viendo los senadores tan gran misericordia y liberalidad en un hombre, le mandaron hacer una estatua riquísima de piedra mármol dorada, que en la mano tenia un manojo de espigas, y en la otra dineros, como que se le caian de las manos, con un epigrama á los piés que decia:

EPÍGRAMA.

Este á Tarcia remedió;
Y aunque se mostró ser hombre,
De Apolo deriva el nombre.

Pasados algunos días, como viesen los senadores la aficion y voluntad que en Apolonio habia puesto el pueblo,